

LA TRILOGÍA DEL AYER I de Víctor Lozano Martínez

El estudio de tatuajes

Recuerdo a un chico: pedía cita por teléfono a nombre de Peter y siempre para las siete de la tarde. No hablaba mucho, lo justo y necesario; mantenía las distancias y las formas, algo impecable. Al entrar, me estrechaba la mano y me sostenía la mirada. Sonreía. Otros no llegan a tanto, pues esto los desnuda en gran medida. Al principio, intentaba acordar con él dónde podría ir el tatuaje, recomendarle algunas zonas y evitarle otras, por el dolor más que nada. Me resultaría difícil describirlo, ni siquiera podría tantear su edad, pues lo vi entrar con estilos muy dispares: desde chaleco de tres botones, pasando por gabardina, chubasquero y chaqueta de chándal; botas y pantalones vaqueros, bañador floreado y sandalias hasta zapatillas, hasta gorras de béisbol y camisetas de superhéroes. Incluso lo vi en diferentes estados de forma: finos brazos hasta tenerlos llenos de venas, aunque no muy grandes. Y aparecer meses después muy desmejorado, echando tripa y con una barba descuidada.

La única constante en todo esto eran los tatuajes, y tardé un tiempo en darme cuenta de que todos los que le hice... eran fechas.

—¿Podrías recordar el primero?

—En el ordenador tengo fotos de todos los tatuajes que he hecho, ayuda a la promoción.

—Ya me imagino. Entonces...

—Déjame mirarlo.

Tras ponerme las gafas de cerca y recogerme el pelo detrás de las orejas, iniciamos una conversación llena de preguntas.

—1998. Me hizo gracia porque pensé: «Es tres años menor que yo».

—¿Por qué diste por hecho que esa es su fecha de nacimiento?

—No lo sé, pero eso fue lo que pensé.

Devuelvo la mirada al portátil y ahí está: descamisado, con un ligero bronceado y la piel del pectoral izquierdo marcada por la herida reciente.

—¿Podrías enseñarme los demás tatuajes que le hiciste?

—¿Eres su novia o algo así? —sentí curiosidad por ella, por él.

—No, ¿por?

—Nada, es que... Tendría más sentido que lo fueras. Explicaría muchas cosas.

—Ya...

Voy pasando las fotos, comentándolas mientras ella elabora sus conclusiones.

—Tres fechas: 19/12/2001, 21/6/2002 y el 14/7/2002 aquí, en el antebrazo derecho hasta llegar a la muñeca. Son más grandes que el del pecho, así lo quiso. 28/3/2002 en el bíceps interior izquierdo. 22/12/2005 y 19/5/2005 se los hice entre la sexta y la quinta costilla, uno en cada perfil como puedes ver. Y los dos últimos: el número catorce en la nuca; a partir de ahí, descendiendo y en grande, la fecha escogida: 3/12/2001. Todo entre los dorsales hasta llegar al lumbar bajo.

—¿Alguna vez le preguntaste...?

—Una vez, pero no contestó. Se quedó mirando al led hasta que terminamos la sesión. Me pareció grosero por su parte y, si alguna vez volvía, pretendía incomodarle con el mismo silencio con el que me trató. Y cuando un día apareció, comprendí que el silencio era parte de su estado natural, que se definía así, sin comentar nada, ni siquiera el tiempo. Ni un triste estornudo.

Del mismo modo que una chica como yo puede llevar el pelo más negro que el azabache, más aros en la cara que una clase de gimnasia y haber estudiado Historia del Arte por creer que tenía más salidas que Filología Inglesa. Porque las apariencias engañan y todo puede ser verdad a la vez.

—Este chico, Peter, suponiendo que se llamara así, siempre vino solo.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Hará cosa de un mes.

—Bien... Gracias por tu tiempo.

—¡Oye, espera! ¿Tú qué tienes que ver en todo esto?

No me contesta.

Ajustándose el cuello de la gabardina, da media vuelta y sale a paso ligero del estudio. Si tenía respuestas, el viento se las llevó con ella.

La librería

La tatuadora no sabe nada, menos que yo si cabe.

Trabajo en La torre de Babel —una librería de segunda mano— desde que acabé la carrera, y nunca puse interés en las personas que entraban y miraban absortos las estanterías, aquellos que acariciaban los lomos de los libros, pensando, qué historia se llevarían a casa, multiplicando sus vidas por diez.

Un libro siempre lleva a otro.

Con el paso de los años los clientes se volvieron una rutina, un proceso mecánico; los rostros se difuminaron poco a poco quedar en simples borrones y los tañidos de recibimiento se diluían durante los descansos de mediodía.

Y un día apareció él.

Entró como un crítico entre bastidores, dio los buenos días y algunos le correspondieron, pero yo no, estaba ayudando a un niño a meter los cómics de Spider-Man que había comprado en una bolsa. Después, simplemente, me limité a seguirle con la mirada. No es que me encandilara con su mera presencia, ni él se recreaba con tales intenciones. Hay personas que, como los libros, merecen la pena y otras que no. El prólogo no dista mucho unos de otros, salvo, quizá, por los autores, que siempre van por parejas. Algunas historias serán importantes durante algún tiempo, hasta que se queden atrás, porque ya te dieron cuanto podían dar. Sólo algunas te acompañarán toda vida.

Y sentí curiosidad por ver hasta dónde llegaría esta historia.

—Me llevo este —dijo al acercarse a caja. Se llevaba «El nombre del viento» de Patrick Rothfuss, una edición conmemorativa en tapa dura.

Tenía algunos arañazos en el lomo, pero todas las páginas seguían unidas; en la contratapa alguien había escrito un número de teléfono, un tal Jorge, al que ambos hicimos caso omiso.

—Es muy bueno —le dije—, creo que te gustará.

—Oh, este no es para mí.

—Entiendo. Un regalo especial para alguien especial.

Volvió a sonreír, pero no añadió nada.

—¿Quieres que te lo envuelva?

—No, no hace falta.

Sacó del bolsillo de su chaqueta la cartera, algo sencillo, sin mucho adorno más allá de una banda blanca, pagó y se fue... Hasta la semana siguiente.

Cada semana venía, compraba un libro (que nunca era para él) y se marchaba. No hablábamos más de lo debido y nunca se me insinuó. Sus intenciones, si es que las tenía, no estaban claras. Tardé un tiempo en darme cuenta, pero... La primera que conocimos fue en lunes, y cuando volvió a aparecer la semana siguiente, lo hizo un martes. En la tercera semana, vino un miércoles; en la cuarta, un jueves. En la quinta, un viernes. Ni sábados ni domingos.

Y cuando comenzaba una nueva semana, repetía el proceso.

«¿Una rutina tan específica tiene algún propósito o se trata de un hombre, tal vez peligroso, con una obsesión?», pensé entonces. Sentí curiosidad. Imaginé el horror que podía encerrar en su corazón y mi curiosidad se convirtió en compasión.

Y aquello me hizo reflexionar sobre mí misma, que llegaba a casa y sonreía al ver las estanterías llenas de libros, cómics, películas y discos de música que conformaban mi vida y mis recuerdos. Pensaba: «Amo mi trabajo y soy feliz con mi forma de vivir, pero... Podría tener un futuro diferente, si hubiera tomado otro camino. Mi vida sería otra, aunque no sé cuál hubiera sido mejor o peor. Supongo que cuanto más vives, más preguntas te haces sobre lo que podrías haber llegado a ser».

Después me pregunté adónde iría él tras comprar un libro, y como al día siguiente era lunes y él iba a estar allí haciendo su encargo, me pareció una buena idea no ir a trabajar y seguirle. Y que no me viera, a poder ser.

No faltó. Allí estaba de nuevo otra semana más; yo le observaba desde una cafetería cercana, al otro lado de la calle: Casa Marina, la cual tenía el nombre de su dueña: una cincuentona de amplia sonrisa y cano el cabello. Renunciaba a los tintes y al maquillaje —a veces excesivo— como otras mujeres de su edad y arrastraba los pies con los talones fuera de las alpargatas. La austeridad en sus vestidos como en el local despertaban cierto consuelo, pero la calidad de su café era exquisita, lo comprobé en cuanto mis labios rozaron la espuma de la leche. Tuve tiempo de pedir un cruasán tostado con mantequilla y mermelada. Buenísimo.

Veinte minutos después le vi salir con un libro bajo el brazo, no alcanzaba a ver cuál. Pagué gustosa el tentempié y dejé cinco euros de propina a Marina que, llevándose el platito con una sonrisa, me dijo: «Corre, que se te escapa».

Lenta como una tortuga, pero con ojo de halcón. La vida, supongo, que te quita resistencia, pero te otorga visión periférica, pues el peligro siempre acecha.

Le seguí calle abajo entre la gente que iba y venía y a todos nos acompañaba el buen tiempo: soleado y sin cierzo. A una distancia prudencial, sin parecer sospechosa y mirando hacia debajo de vez en cuando u ojeando el móvil; él seguía caminando con la mirada al frente y rara vez se volvía, ni siquiera se paraba a mirar los escaparates. Con el sol a nuestras espaldas le vi girar a la derecha, donde la calle se estrechaba aún más y las cuerdas de los tendedores extensibles casi se rozaban con las del vecino de enfrente. Y si mirabas bien entre las esquinas, podías encontrar calcetines perdidos. Entonces le vi entrar en una tienda de Legos, salió al poco. Una caja de Legos en una mano y un libro en la otra; después entró en el garito que tenía enfrente, el típico donde los mayores toman el carajillo mientras se ponen al día con los cotilleos. Yo no llegué a entrar, le observaba desde fuera perfectamente, pues habían dejado la puerta abierta. Entraban moscas y vecinos, a veces los confundía. No me quedé ahí de pie, miraba de reojo mientras caminaba lentamente y, si lo necesitaba, hacía una segunda pasada o me sacaba un *selfie*.

Nuestra historia es la que cuentan de nosotros, la que puede leerse en la mirada, por eso el mismo libro no afecta igual a dos personas distintas, depende del punto de vista.

Y la de aquel chico seguía sin tenerlo claro. Hasta hace un mes, cuando dejó de aparecer por la librería.

Tal como vino se fue, sin dejar rastro. Pensé en ir hasta el bar donde lo seguí, creyendo que allí obtendría respuestas. Pregunté a la camarera y ella lo reconoció al instante.

—Ah, sí, ese chico —el tono de su voz revelaba cierto aprecio.

—¿Lo conocías?

—A penas hablé con él y, sin embargo, era de lo más interesante que entraba por aquí.

—Joder, Susana, qué halago —le espetó un cliente de la barra.

—¡A que te cierro el grifo!

Y el hombre volvió a su cerveza.

—Estos tíos son como bebés, siempre mamando.

Entonces saltó un gracioso.

—Cuando quieras, nena —debía tener... muchos años, pero muy mal llevados.

—¿Ves lo que te decía? Una lujuria de cincuenta años y un pito de tres.

El bar entero rio y, tras una breve pausa, la máquina tragaperras volvió sonar y las bocanadas del humo subieron hasta el techo.

—Entonces... —reconduje la conversación.

—Sí, el chico venía y se pedía un zumo y a veces comía; después, montaba su Lego y le hacía una foto. Pagaba y se iba.

—¿Venía a menudo?

—No mucho, una vez a la semana.

—¿Alguna vez vino con alguien?

—Nunca le vi acompañado. Lo más que llegué a ver de él fue un tatuaje en el antebrazo.

—¿Viste lo que era?

—No miré tanto, ja, ja, ja.

—¿Dónde podría encontrar un estudio de tatuajes?

—Aquí hay varios, mediocres en realidad, pero... Hay uno que, aunque está algo lejos, merece la pena.

—¿Podrías darme la dirección?

—Claro.

Sacó el bolígrafo del bolsillo de su camisa y apuntó la dirección en una servilleta.

—¿Eres su novia o algo así? —preguntó de repente.

—No, ¿por qué?

—No, por nada. Tendría más sentido que lo fueras.

«Y ahora, tras haber hablado con la tatuadora, sé menos que ayer. Y sigo sin saber por qué».

Aún es pronto, y Casa Marina sigue abierta.

Perdida entre mis pensamientos doy vueltas al café con la cucharilla metálica, rozando la cerámica con suavidad; con la mano derecha giro el anillo del anular con el pulgar, una y otra vez, como cuando era niña. Hasta que aparece Marina junto a mí y dice: «Alguien ha traído esto para ti». Lo deja sobre la mesa: es un libro, no está envuelto y es Debolsillo. «El Señor de los Anillos: La comunidad del Anillo», leo en la portada. Y junto al título, un trozo de papel sujeto con clip; en él se puede leer una frase escrita a mano, con tinta azul: «Sólo tú puedes decidir qué hacer con el tiempo que se te ha dado».

Pero no es todo, en el interior hay un sobre. Es una carta.

La carta

No todo tiene sentido, ni tiene por qué tenerlo.

El mar nunca cambia, ¿verdad? Se agita incesantemente, como ahora, como mañana, como cuando nacimos... Aquí ha estado eternamente. Puede que viera muchas cosas y escuchara otras tantas; probablemente siga agitándose sin parar más allá de nuestra existencia. Sin el más mínimo cambio.

Sin referencias.

Qué extraños son los recuerdos, ¿verdad? Justo cuando piensas te has olvidado de algo, ese algo resurge de nuevo en tu corazón. Es como si estuviera allí esperando, aguardando el momento preciso para salir. Cuando hayamos envejecido y estemos... en otra parte, quizá entonces nos preguntemos qué clase de personas nos hubiera gustado ser.

Tal día hará un año de esta carta y la mirarás como ahora, como si significara algo. Y habrás de recordar que con mirar no basta para poder ver. La belleza siempre está en los ojos del que mira.